



PENSAMIENTO SOCIAL
E HISTORICIDAD*

RELACIONES 93, INVIERNO 2003, VOL. XXIV

*Denise Jodelet***

ESCUELA DE ALTOS ESTUDIOS EN CIENCIAS SOCIALES DE PARÍS

El examen de las posiciones adoptadas respecto a las relaciones entre psicología e historia y la constatación de un nuevo brote de interés hacia un acercamiento histórico en psicología, lleva a proponer la noción de representación social como lugar privilegiado de convergencia y de apoyo mutuo entre historia y psicología. Se hace una comparación entre esta noción y la de mentalidad, evidenciando sus acercamientos (en el plano de la definición de los objetos, de los funcionamientos mentales, del carácter colectivo de los fenómenos estudiados, de la toma de conciencia de la dimensión afectiva), como sus discontinuidades (en el plano del tratamiento de la noción de inconsciente y de la de inercia o cambio social). La reciprocidad de perspectiva entre estas dos nociones permite desembocar sobre una concepción historici- zada del simbolismo, ilustrada por un ejemplo empírico.

(Cambio, historia, historicidad, inconsciente, mentalidad, representa- ción social, psicología)



El intento de contestar a esta pregunta: ¿En qué condi- ción el estudio del pensamiento social puede asegurar una “coordinación de los puntos de vista” que sea fe- cunda para las disciplinas psicológica e histórica?, im- plica que examinemos cómo estas dos disciplinas con- ciben sus relaciones; que encontremos el lugar de reciprocidad de sus perspectivas, rebasando distancias demasiadas veces recalca- das y po- niendo de manifiesto convergencias en muchas ocasiones ignoradas.

Parece que para el historiador (Friedlander 1975), la psicología no sea utilizable. Las situaciones que estudia, complejas, particulares y pasa- das no corresponden ni a los objetos (procesos elementales), ni a las he- rramientas conceptuales (modelos generales) y metodológicas (experi- mentación, encuesta) propias a esta disciplina. Fuera del psicoanálisis y de las teorías de la personalidad que aplica al estudio de los actores,

* Traducción del artículo: “Pensée sociale et historicité”, *Technologies. Idéologies. Pratiques* (Número spécial Actas du Colloque Psychisme et Histoire, 12-14 de novembre de 1987) VIII, 1-4: 395-405.

** jodelet@ehess.fr

toma poco en cuenta los aportes de las teorías psicológicas, particularmente de las de la psicología social que se pueden poner en correspondencia con la historia de los movimientos sociales y de las mentalidades.

Es necesario decir que del lado de la psicología, el predominio del paradigma behaviorista no favoreció, en el pasado, tal acercamiento. Pero podemos constatar en él, por lo menos en psicología social, una inversión de tendencia iniciada con el estudio de las representaciones sociales (Moscovici 1961) y confirmada por el desarrollo de una corriente que opera un retorno a la historia (Gergen 1984). En este retorno, dos aspectos se deben de señalar: 1) su función crítica con relación a tendencias empiristas, mecanicistas y orientadas hacia la búsqueda de procesos permanentes cuya dimensión temporal se encuentra truncada; 2) el hecho de que recurra a la disciplina histórica como reserva de sugerencias o modelos para formular perspectivas teóricas y empíricas alternativas.

La función crítica nos recuerda la que revistieron en el campo histórico, la historia de las mentalidades y en el campo de la cognición social, el acercamiento en términos de representaciones sociales. Esta función, de algún modo prioritaria, da cuenta del carácter aproximativo de las perspectivas avanzadas en psicología social, como “lo borroso”, lo más o menos conceptual, subrayadas a propósito de las nociones de mentalidad y representación social. Se trata aquí sin duda de una etapa transitoria y debemos de reconocer que este “más o menos” tuvo un carácter “liberatorio” y un valor heurístico tanto en historia (Vovelle 1982) como en psicología (Moscovici 1976). Ahora que nuevos territorios son balizados y desbrozados, se trata de encontrar el paso de la función crítica a la función constructiva.

Respecto a la búsqueda, en la historia, de perspectivas alternativas, va en contra de la posición común de las relaciones entre historia y psicología. Como lo señala Morawsky (1984), se piensa por lo general que, de las dos disciplinas, es la primera la que se debe beneficiar de los préstamos, aun limitados, hechos a la segunda. Esta posición olvida el hecho de que la psicología debe de integrar la historicidad en sus modelos para ser aplicable a la historia y sobretodo, corre el riesgo de pasar al lado de los aportes de la historia que rebasan una sencilla relativización de los fenómenos que la psicología estudia.

Estos aportes son de una importancia particular en el ámbito de la cognición donde la permanencia del paradigma behaviorista y los modelos inspirados del tratamiento computacional de la información dan del conocimiento una descripción formal que, situada en el nivel intra-individual, conserva su generalidad sólo a costa de la exclusión de sus propiedades expresivas, comunicativas y referenciales (Jodelet 1985). Aunque, para dar cuenta de la aplicación práctica del conocimiento, sea necesario echar mano de elementos sociales y culturales (lenguaje, códigos y hábitos culturales, rutinas socializadas, etcétera), aquellos no pueden ser pensados como constitutivos de la actividad cognitiva. Estas contradicciones e insuficiencias reducen el alcance de modelos cognoscitivos e incitan a una reflexión sobre el carácter social e histórico de la cognición. Es lo mismo para la investigación sobre la cognición social. Lamentando el hecho de que ella implique una “reducción del mundo colectivo a la torre de marfil del laboratorio” y una “terrible simplificación de la vida mental de los seres humanos en sociedad” (Moscovici 1986, 62) mostró que esa disciplina pone de manifiesto el carácter colectivo de las categorías y operaciones lógicas, ya que es tan verdadero que “en la vida mental, más allá de las simples reacciones de nuestros sentidos, todo es necesariamente social por naturaleza”. Transferida a la vida de los grupos, el estudio de las representaciones sociales responde, para el autor, a la voluntad de “formular las leyes de la mente social” (*id.*, 36). No hay duda de que sirva a pensar el conocimiento en su plenitud conceptual y su inscripción social e histórica.

El ámbito de investigación que proliferó alrededor de la noción de representación social aparece en sus diversos campos y paradigmas (Jodelet, 1984^a, b) como un espacio privilegiado para captar, en el nivel individual y colectivo, el juego de las determinaciones sociales y de los procesos psicológicos en la construcción de los saberes, la elaboración de los experimentos y de las visiones del mundo social. Se enriqueció con la contribución de las ciencias sociales que hacen de la representación un concepto mayor para “enfrentar una de las cuestiones centrales planteadas hoy a las ciencias del hombre, las de las relaciones entre lo material y lo mental en la evolución de las sociedades” (Duby 1978, 20), “entender en qué medida y de qué manera la ciencia de lo social y de la historia debe de articularse con la de los signos y del psiquismo” (Augé

1979, 190) o aun dar cuenta de las transformaciones sociales, por la legitimación y la puesta en “aceptabilidad” de las versiones alternativas de la realidad social (Faye 1973; Bourdieu 1982).

UN LUGAR DE CONVERGENCIA

Una revisión rápida de estos diferentes trabajos permite plantear que la noción de representación social es más apropiada que la de ideología si queremos tratar del aspecto cognoscitivo de los procesos mentales colectivos y de su articulación con las prácticas, en contextos sociales e históricos precisos, lo que no quiere de ninguna manera decir que la representación sea exterior a la ideología, al contrario. Los intentos de teorización de sus vínculos, en las disciplinas sociales, muestran las diversas y sutiles complicaciones entre las dos nociones. Sin embargo debemos de constatar que estas teorizaciones toman la noción de ideología en aceptaciones tan diferentes que estamos lejos de tener una visión clara y moldeable de su intervención en los procesos del pensamiento social. El estudio de la producción de las representaciones y de sus formas constituidas puede adelantar en este sentido ya que si la representación baña en la ideología, incluye elementos de ella (a título de contenido o de estructura), o presenta funcionamientos similares, la ideología no es el todo de la representación y aquella registra de manera original los efectos de la historia y de las mentalidades que marcan la vida de los grupos y de los individuos.

Las particularidades que presenta la representación social como modalidad de conocimiento, surgen de que su génesis y su funcionamiento son tributarios de los procesos que afectan a la organización y la comunicación sociales de los mecanismos que concurren a la definición de identidad de los grupos y de las relaciones sociales. Otros tantos procesos históricos. Además, en su calidad de saber socialmente construido y compartido, ofreciéndose como una “versión” de la realidad sobre y con la cual actuar, la representación es un pensamiento práctico y socio-céntrico (Piaget 1976), puesto al servicio de la satisfacción y de la justificación de las necesidades, intereses y valores del grupo que lo produce. Lo que, por una parte lo aparenta con la ideología y por otra parte compro-

mete el conjunto de los códigos, modelos y prescripciones que, orientando la acción, participan de la cultura y de las mentalidades. En fin, por dejarse aprehender tanto como proceso, pensamiento constituyente como contenido, pensamiento constituido, la representación nos pone en condiciones de captar la dinámica del pensamiento social. Podemos observar en ella los marcos de categorías y las lógicas que aseguran la sistematización de las experiencias, ideas e imágenes cuya concreción opera. De la misma manera podemos captar cómo, en tanto como pensamiento constituido, interviene en la formación de nuevas representaciones en calidad de “preconstruido”, de “ya-ahí” pensado o permanece ahí en calidad de rasgo o de elemento estructurante. Procesos como el anclaje, la polifasia cognoscitiva (Moscovici 1976) dan cuenta de este fenómeno cuya inteligibilidad requiere el llamado a la historia. A la vez para captar, como lo deseaba Meyerson (1948), las variaciones de las categorías, de las operaciones de pensamiento y de las “terminaciones de la mente” por la edificación de los cuales “la mente se modifica” y para identificar en el estado presente del pensamiento social, la obra y las marcas del pasado, definir las especificidades contemporáneas y entender como advinieron. El llamado a la historia se hace de dos maneras. O sea por el estudio diacrónico de una representación, al comparar sus estados en dos épocas distintas, o sea reportándose a documentos históricos para seguir a largo plazo la evolución de una representación. Elaboramos estos dos métodos en un programa de investigación sobre las representaciones y prácticas corporales.

Así fue como resultó posible localizar, ligadas al cambio cultural de los sesenta,¹ transformaciones en la experiencia subjetiva del cuerpo propio (reflujo de la conciencia mórbida, emergencia del hedonismo) tanto como en las categorías de aprehensión del cuerpo como objeto de conocimiento (reflujo de un acercamiento biológico en provecho de un acercamiento psicósomático otorgando a los factores sociales e históricos un papel determinante). Estos cambios tienen repercusiones sobre las prác-

¹ Contribuyeron al cambio: los movimientos de liberación sexual y femenina, las corrientes de pensamiento alternativo, la difusión del psicoanálisis y de las técnicas corporales que surgieron o fueron desviadas de los modelos orientales, la boga de las medicinas alternativas, etcétera (Jodelet 1982).

ticas corporales respecto a la atención médica, el aseo y la apariencia. Sin embargo la remanencia de una visión dualista y moralizadora modifican las maneras de actuar según se combina con el rigorismo cristiano, se traduce entonces por la represión del placer, el dolorismo (utilidad del dolor) y la morbosidad, o con la ideología modernista de la superación, se traduce entonces por prácticas buscando el dominio funcional y una rentabilidad máxima del cuerpo. Por otra parte, constatamos entre las mujeres que el combate feminista y la conquista del aborto modificaron la vivencia de la maternidad y las prácticas que se vinculan a ella. El estudio diacrónico revela un cambio en la manera de percibir y llevar el embarazo, en la de parir reivindicada como acto de un poder femenino² y en la manifestación del deseo de amamantar a su hijo como cumplimiento de una especificidad y una superioridad de la mujer. En este último caso, tradición y modernismo se juntan en una práctica que a pesar de ser nuevamente muy estimulada por el medio médico, sigue siendo frágil, reflejando una posición conflictiva entre las mujeres. Para entender las razones de la variación de la lactancia maternal, fue necesario, rebasando las explicaciones dominantes³ analizar sus representaciones y operar un regreso sobre su historia y sus modales. La historia nos permitió ver como, en un discurso médico que no cambió fundamentalmente desde el siglo XVIII, la difusión del psicoanálisis y la exaltación modernista del placer se encuentran en un punto de unión para el regreso a la lactancia maternal, no sin riesgo de culpabilización. El estudio de

² Este cambio aparece en entrevistas, realizadas a 15 años de distancia (1960-1975), sobre las representaciones del cuerpo (Jodelet 1984). De vergonzoso sexualmente e intelectualmente, el embarazo se volvió "mostrable" con orgullo (las fotos de moda son una prueba flagrante de ello). La libertad de la elección de abortar o no confirió al parto el valor de un acto deseado, reforzado por los nuevos métodos en obstetricia que favorecen una participación plena en el nacimiento. Esto condujo también a una intolerancia más grande al dolor violento impuesto al cuerpo que ya no se quiere asumir, esperando que pueda ser aliviado por algún apoyo médico el cual está cuestionado por otra parte (Jodelet 1984; 1987).

³ Por lo general relacionan la aceptación o negación de amamantar con el nivel socio-cultural del cual depende la información médica y con la existencia de un conflicto psicológico ligado a la madre y al esposo. Entre el nivel de las variables sociales pesadas y el de los procesos psíquicos inconscientes, se descuida las dimensiones ligadas a las mentalidades y los conocimientos de sentido común (Jodelet 1987).

las representaciones manifiesta la permanencia de un conflicto tradicional entre dos modales educativos pregonando una relación de fusión entre la madre y el hijo o la socialización precoz de este último. Esta oposición antigua se conjuga con las concepciones respecto a los papeles paternos y maternos para modular la adhesión y el confort psicológico de las mujeres. Bajo el lenguaje del modernismo, la perpetuación de modelos sociales da cuenta de la fisonomía de la práctica y de las dificultades que encuentra. Y es necesario el refuerzo de la ideología feminista para penetrar en ella sin conflicto.

En razón de su nivel de acercamiento de los fenómenos, el estudio de las representaciones sociales puede ser considerado como un lugar privilegiado de convergencia y de apoyo mutuo entre historia y psicología. Esta reciprocidad de perspectivas se observa sobretudo en el caso de la historia de las mentalidades. En efecto, las nociones de mentalidades y de representaciones sociales se cubren si no corresponden *stricto sensu*. El examen de sus imbricaciones y de sus hiatos puede servir a establecer puentes entre las dos disciplinas.

IMBRICACIONES E HIATOS

Las imbricaciones, las encontramos en cuanto a los objetos. La historia de las mentalidades y la psicología de las representaciones sociales designan a menudo sus objetos de manera similar o corresponden a funcionamientos cercanos sobretudo en el ámbito de las ideas. En los dos casos, se habla de actitudes, manera de pensar, marcos mentales, mecanismos intelectuales, representaciones, percepciones, imágenes, nociones, visiones, concepciones del mundo, modelos, valores etcétera. Común también, poner el centro sobre el aspecto colectivo, compartido por estos fenómenos y el medio enfocado. Vovelle (1982) define la historia de las mentalidades como una historia de las masas anónimas que sale del marco de las elites, se apega a los intermediarios, evita un modelo de difusión vertical de las ideas fuerzas. Misma perspectiva en el estudio del sentido común que pone el acento sobre el trabajo de apropiación, de reconstrucción del saber en el caso de la difusión, relevado o no por intermediarios o sobre el trabajo de invención en el caso de edificación es-

pontánea de conocimientos. Común igualmente la preocupación de encontrar la coherencia y la lógica de un sistema de pensamiento. Estas convergencias dividen un espacio de coordinación de las perspectivas aun si aquellas difieren sobre el periodo y la escala del tiempo. El trabajo de Duby sobre el imaginario feudal (1978) muestra con brillo la fecundidad de tal vena de investigación.

La dimensión afectiva, objeto de una preocupación común pero de un tratamiento diferente en las dos disciplinas, merece una atención especial. Hasta ahora, el registro afectivo es estudiado en psicología en sus interferencias con la actividad cognoscitiva que sigue siendo exterior a él. Algunos trabajos sobre las representaciones sociales postulan un funcionamiento más ligado, los más representativos siendo los de Kaës (1976). En *L'âge des foules* (1981), Moscovici va en el mismo sentido, acercándose de la historia de las mentalidades que se apega a formas colectivas de sensibilidad, a sentimientos o pasiones compartidos, uniendo vida mental y afectiva. Hay aquí una fuente de inspiración para la psicología cognoscitiva donde la articulación entre cognición y afectividad es más un objetivo que una experiencia científica. Sin embargo, hay que ser vigilante sobre el uso de la esfera de los sentimientos en historia. La tratan a veces como un objeto específico al lado de la esfera de las ideas, a veces como una coloración global de la actividad mental, sin que se pueda discernir si el historiador intenta abordar un fenómeno "total" o si obedece a una visión peyorativa, "irracional" del funcionamiento mental popular. Recordando la importancia de delimitar los estados afectivos colectivos, es necesario analizar su intervención en el pensamiento social, conjugando los enfoques históricos y psicológicos en el marco de una energética social.⁴

Este desfase nos aproxima a los hiatos que manifiestan más bien una diferencia de acento que una divergencia.

Primer hiato: el carácter radical del postulado del inconsciente en la historia de las mentalidades, eso cualquiera que sean las definiciones

⁴ Algunos objetivan el inconsciente en "pulsiones intemporales" (Ariés), otros le aplican el esquema analítico (Besançon, Friedlander), hacen de él "herencias no claramente objetivadas en la conciencia" (Vovelle), cuando no se limitan a una referencia a lo que no es "voluntario", que permanece "secreto" o inasequible con los instrumentos de los cuales dispone el investigador.

dadas del inconsciente y las discusiones entabladas alrededor de este término. En el estudio de las representaciones, el inconsciente está menos firmemente requerido. En este sentido las representaciones dependiendo de la "ciencia de la mente inconsciente" (Moscovici 1986) son más cercanas de la ideología como "visión clara" que de las mentalidades. Sin embargo, su estudio que pretende destacar los pensamientos tácticos, los significados implícitos, las estructuras cognoscitivas latentes, remite a un basamento ya presentado por Durkheim. Por el esclarecimiento de las condiciones de un funcionamiento mental inconsciente (Polanyi 1966; Searle 1983; Sperber 1974), podría ser útil a la historia donde se enfrentan concepciones diferentes con, desde la "intervención quirúrgica de Freud en la historiografía" invalidando la división entre psicología individual y colectiva (De Certeaux 1987), una tendencia a enfocarse sobre las significaciones inconscientes llevadas por los fenómenos. Esta tendencia provoca algunos debates en psichistoria, más que todo por el riesgo que presenta trabajar sobre los fantasmas suscitados en el historiador por su objeto. Sin entrar en el debate subrayaremos que el "psicoanálisis" tiene a menudo por precio la ceguera respecto a lo social (Castel 1973) y amenaza regresar la vida mental colectiva a un análogo del psiquismo individual o grupal, reteniendo del contexto histórico sólo modelos de apuntalamiento cultural, lo que viene a plantear procesos (R. Kaës 1980) intrapsíquicos en suspenso, separados de las condiciones sociales de producción y de funcionamiento del pensamiento social y, por un cambio sorprendente, impide tomar en consideración su historicidad y contribuir al enfoque histórico de la ideación social.

Segundo hiato, el postulado de la inercia, las mentalidades siendo las "cárceles del tiempo largo", según la expresión de Braudel. Este postulado, expresado con un vigor particular en la obra de Le Goff (1974), no está compartido por todos. Si designa el importante problema de las resistencias, de la cultura y del psiquismo una mirada no constructiva, haciendo derrumbarse la historia de las mentalidades fuera del campo de la historia de las ideas, limitándola a un trabajo sobre el residuo. El problema planteado así evoca que las ciencias sociales han encontrado con el concepto de ideología que abandonan por el de representación para dar cuenta de las transformaciones sociales (Bourdieu 1982; Gode-

lier 1984). En tal perspectiva, estamos llevando a reconocer el aspecto constructivo del pensamiento social, su eficaz vía al poder eficiente de las palabras y a volver a dar su importancia al estudio del juego de las ideas entre ellas, de la dinámica de sus constituyentes pasados y presentes. La óptica desarrollada en psicología social, favorecida por los progresos que registran los terrenos de estudio de la memoria, de la cognición y del lenguaje, da elementos para pensar la estabilidad y el cambio de las producciones mentales sociales, aun si difiere de la historia respecto a la escala temporal. Las mentalidades comprometen el pasado y el tiempo largo, las representaciones el término corto y un tiempo acelerado, incluso precipitaciones coyunturales en razón de los medios de comunicación contemporáneos.

Sin embargo la reciprocidad de las perspectivas puede esclarecer los diferentes cambios puestos en juego de esa manera.⁵ Modelos probados experimentalmente en laboratorio dan cuenta de los cambios sincrónicos y diacrónicos de las representaciones. Su extrapolación con representaciones históricamente situadas es posible y ya fue intentada (Marment 1988). Este enfoque estructural debería permitir afinar las hipótesis históricas sobre la inercia de las mentalidades. Es lo mismo para los trabajos de campo. Si necesitan una mirada histórica para apuntar los lugares donde se operan las transformaciones de categorías y estructuras del pensamiento social, localizar estabilidades manifiestas o latentes, dan al contrario la posibilidad de examinar en sincronía los diferentes elementos que el historiador considera y que dependen de registros diferentes (ideológico, simbólico, práctico, afectivo, etcétera). Y tomando en cuenta las evoluciones, a veces rápidas que permiten la observación, juegan como una especie de laboratorio para el examen del cambio histórico y la exploración de los fenómenos, en lo vivo de su surgimiento y de sus procesos, permiten el esclarecimiento de aparentes inercias mentales y comportamentales cuyo mecanismos nos regresan a la dinámica social. Demos un ejemplo.

⁵ Véanse los trabajos de la escuela de Aix-en-Provence sobre el núcleo central (Abric), la evolución estructural (Flament) y relativa a un sistema (Codol) de las representaciones sociales.

HISTORICIDAD DEL SIMBOLISMO

Un estudio sobre la representación social de la enfermedad mental en una comunidad rural donde los enfermos mentales están alojados en una casa particular (Jodelet, s.p.) reveló la existencia de una creencia arcaica en el contagio de la locura por los líquidos del cuerpo (saliva, sudor, moco) que, en contradicción con los seguros médicos, está ocultada pero expresada en ciertas formas del lenguaje y en las prácticas de aseo de la ropa de los enfermos. Esta creencia concuerda con una teoría local de la enfermedad mental que distingue entre afección cerebral y nerviosa y articula en un esquema orgánico intemporal una serie de oposiciones cristalizadas en diferentes periodos: sobre todo la oposición moral, transmitida por la tradición judeocristiana, entre inocencia y maldad a la cual hace eco la de la psiquiatría del siglo XIX entre retraso mental y degeneración. Es la enfermedad de los nervios, imputada a una degeneración de la sangre, asociada a la violencia y la sexualidad, que suscita más temores de contaminación. Esta visión lleva las huellas de la teoría de los humores y fue reactivada por la introducción de la quimioterapia que "organizó" la enfermedad. Por otra parte, en las justificaciones avanzadas para explicar las prácticas, obsesivas a las cuales da lugar en cuanto a la higiene, volvemos a encontrar la asociación clásica entre mancha y alteridad, separación y jerarquización.

La existencia de esta creencia trae a la mente varias reflexiones. Contra una interpretación en términos de supervivencia y de inercia, el análisis de las relaciones entabladas con los enfermos en un contexto institucional específico revela la actualidad de su función práctica y simbólica. Se trata para el grupo receptor de encauzar el riesgo de una integración con pleno derecho del grupo de los enfermos; de evitar la asimilación de y a la locura. La adhesión colectiva a esta creencia que mantenida secreta pero no ignorada, es todo menos una reproducción inerte e inconsciente, sirve a la comunidad de medio para afirmarse en su unidad, para defender su integridad y su identidad sociales, para recordar la prohibición de contacto con los enfermos y los riesgos de su transgresión. La permanencia de la creencia está asegurada gracias al soporte de los gestos y del lenguaje, pero la introducción de medicamentos le dio más vigor al reactivar la imagen inquietante del enfermo

de los nervios. Todo ocurre como si se hubiera dado una puesta en reserva en la memoria social de una interpretación de la realidad que no está eliminada completamente en el caso de que surgieran informaciones nuevas volviéndola útil, especie de garantía en contra de lo desconocido del futuro.

Por fin, prohibición de contacto, mancha, jerarquización son elementos de una simbólica tan divulgada que estamos tentados de ver en ella universales. ¿Es una razón para postular un modo de existencia intemporal en un inconsciente o un imaginario social? ¿No se trataría más bien de invariantes situacionales, de categorías emergiendo en todos los casos donde se tiene que controlar desde el exterior una amenaza o un elemento extranjero? La historia nos invita a pensar así. En Grecia, la temática de la mancha criminal y de su purificación por el alejamiento y el agua pasó de la religión al derecho en un momento de transición donde, prohibida por la justicia, la ley del Talión todavía no estaba relevada por la intervención de un poder judicial fuerte (Glotz 1904). En el siglo XIX, es con los peligros de una liberación sexual aflorando que el fantasma del contagio de la sífilis por los líquidos del cuerpo se orquestó (Corbin, 1986). Los terrores provocados por la saliva en el caso del SIDA participan de un mismo fenómeno. Y como no ser sensible a la progresión de la argumentación del Frente Nacional (*Front National*) con su evolución desde la exclusión de los emigrantes hasta la de los “sidosos” y el llamado a la autodefensa ante las incurias del Estado.

En el caso de nuestro estudio, la institución psiquiátrica no asegura protección contra la intrusión de los locos. La población, para defenderse contra lo que ve como una amenaza, establece un orden que mantiene con medios simbólicos. La simbólica de la mancha atraviesa el tiempo pero necesita coyunturas sociales precisas y que puedan ser especificadas para organizar el pensamiento social. La memoria social y los modos según los cuales se estructuran las representaciones que permiten su reactivación.

Se reprocha al estudio de las representaciones sociales como a la historia de las mentalidades ser descriptivas. Lejos de reforzar este carácter, la conjunción de sus enfoques puede volverse explicativa y predictiva a condición de establecerla a propósito de los casos de producción local de fenómenos mentales colectivos. Eso nos permite aislar las con-

diciones psicológicas, materiales y institucionales, los factores de difusión cultural, los tipos de organización y de relaciones sociales de los cuales dependen. Se vuelve entonces posible liberar procesos psicosociales que den al pensamiento social sus avances, sus estagnaciones o sus retrocesos y aseguren su eficacia.

Traducción de Catherine Bony

BIBLIOGRAFÍA

- ABRIC, J.C., *Coopération, compétition et représentations sociales*, Cousset, Delval, 1987.
- , "L'étude expérimentale des représentations sociales", en D. Jodelet (ed.), *Les représentations sociales*, París, PUF, 1989, 205-223.
- AUGÉ, M., *Symbole, fonction, histoire. Les interrogations de l'anthropologie*, París, Hachette, 1979.
- BOURDIEU, P., *Ce que parler veut dire. L'économie des échanges linguistique*, París, Fayard, 1982.
- CASSIRER, E., *La philosophie des formes symboliques*, París, Ed. de Minuit, 1972.
- CODOL, J.P. "On the system of representation in an artificial social situation", en R. Farr y S. Moscovici (eds.), *Social Representations*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984, 239-254.
- CORBIN, A., *Le miasme et la jonquille: l'odorat et l'imaginaire social, 17e-19e siècle*, París, Flammarion Champs., 1986.
- DE CERTEAU, M., *Histoire et psychanalyse entre science et fiction*, París, Gallimard, 1987.
- DUBY, G., *Les trois ordres ou l'imaginaire du féodalisme*, París, Gallimard, 1978.
- FAYE, J. P., *La critique du langage et son économie*, París, Galilée, 1973.
- FLAMENT, C., "Structural balance and the representation of the group", en R. Farr y S. Moscovici, editores, *Social representation*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984.
- , "Structure et dynamique des représentations sociales", en D. Jodelet (ed.), *Les représentations sociales*, París, PUF, 1989, 224-239.
- FORGAS, J.-P., editor, *Social Cognition*, Londres, Academic Press, 1981.
- FRIEDLANDER, S., *Histoire et Psychanalyse*, París, Seuil, 1981.

- GERGEN, KA., GERGEN, M.-M., editores, *Historical Social Psychology*, Hillsdale, Lawrence Erlbaum, 1984.
- GLOTZ, G., *La solidarité de la famille dans le droit criminel en Grèce*, París, Fayard, 1904.
- GODELIER, M., *L'idéal et le matériel. Pensée, économie, sociétés*, París, Fayard, 1984.
- HARRE, R., "Rituals, rhetoric and social cognition", en: J.-P. Forgas, editor, *Social Cognition*, Londres, Academic Press, 1981.
- JODELET, D., "Représentations, expériences, pratiques corporelles et modèles culturels", en *Colloque Inserm*, París, INSERM, núm. 104, 1982, 377-396.
- , "Représentations sociales: phénomènes, concepts et théorie", en: S. Moscovici, editor, *Psychologie sociale*, París, PUF, 1984.
- , "Réflexions sur le traitement de la notion de représentation sociale en psychologie sociale", en: B. Schiele, C. Belisle, editores, *Les représentations*, Montréal, *Communication-Informations*, 6, núm. 2-3, 1984.
- , "The representation of the body and its transformations", en R. Fan, S. Moscovici, editores, *Social Representation*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984.
- , "Le sein laitier: plaisir contre pudeur", *Communications*, 46, 1989, 229-244.
- , *Civils et Brédins*, doctorado de Estado, EHESS, París, 1985.
- , *Actes du colloque Idéologies et Représentations Sociales*, París, Universidad París x, 1987, por publicarse: 1989.
- , "L'idéologie dans l'étude des représentations sociales", en V. Aebischer, J.P. Deconchy, J.M. Lipiansky (eds.), *Idéologies et représentations sociales*, Cousset, Delval, 1991, 15-31.
- , *Madness and Social representations*, Berkeley, California University Press, 1992.
- JODELET D. y J. OHANA, "Représentations sociales de l'allaitement maternel: une pratique de santé entre nature et culture", en H. Petrillo (ed.), *Santé et société. La santé et la maladie comme phénomènes sociaux*, Lausanne, Delachaux & Niestlé, 2000.
- LE GOFF, J., P. NORA, editores, *Faire de l'histoire*, París, Gallimard, 1974.
- MEYERSON, I. *Les fonctions psychologiques et les oeuvres*, París, Vrin Reed, 1948, última reedición, París, Albin Michel, 1995.
- MORAWKI, J. -G., "Historiography as a metatheoretical text for social psychology", en K. J. Gergen, M. Gergen, editores, *Historical Social Psychology*, Hillsdale NJ, Lawrence Erlbaum, 1984.

MOSCOVICI, S., *La psychanalyse, son image et son public*, 2^o ed., París, PUF, 1961 (1976).

—, "L'ère des représentations sociales", en W. Doise, A. Palmonari, *Textes de base en psychologie sociale, l'étude des représentations sociales*, París, Delachaux Niestlé, 1986.

PIAGET, J., "Pensée égocentrique et pensée sociocentrique", *Cahiers Vilfredo Pareto*, 14, 1976, 148-160.

POLANYI, M., *The tacitdimension*, Garden City, Doubleday, 1966.

SEARLE, J. R., *Intentionality. An essay in the philosophy of mind*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.

SPERBER, D., *Le symbolisme en général*, París, Hermann, 1974.

VOVELLE, M., *Idéologies et mentalités*, París, Maspéro. (1982).

FECHA DE RECEPCIÓN DEL ARTÍCULO: 12 de noviembre de 2002

FECHA DE ACEPTACIÓN DEL ARTÍCULO: 26 de noviembre de 2002

